

El don de profecía
El lugar de Elena de White en la iglesia remanente de Dios

Clifford Goldstein

El Remanente

¿Realidad bíblica o ilusión sin base?

14

El siguiente remanente bíblico aparece en Apocalipsis 12 en un panorama de engaños, conflictos y persecución. En los primeros seis versículos, una mujer sufre "dolores de parto" (versículo 2); un dragón echa por tierra "las estrellas del cielo" (versículo 4), y luego procura "devorar a su hijo" (de la mujer, versículo 4) tan pronto como nazca; y la mujer "huyó al desierto" (versículo 6). En los siguientes tres versículos hay "una gran batalla" en el cielo" (versículo 7), a raíz de la cual el diablo y sus ángeles son lanzados a la tierra, y se dedican a engañar "al mundo entero" (versículo 9). Los versículos siguientes hacen referencia al "acusador de nuestros hermanos" (versículo 10), luego a los mártires que "menospreciaron sus vidas hasta la muerte" (versículo 11), y a la "gran ira" del diablo (versículo 12). El dragón, entonces, "persiguió a la mujer" (versículo 13); luego, la serpiente arrojó tras la mujer "agua como un río, para que fuese arrastrada por el río" (versículo 15). En el versículo final, el dragón, airado contra la mujer, "se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella" (versículo 17).

Este capítulo, evidentemente, no describe un día en la vida de Bambi. Por el contrario, usando la técnica de narración retrospectiva (un elemento típico del Apocalipsis), presenta en forma panorámica la historia del gran conflicto entre Cristo y Satanás. En ningún otro lugar de la Sagrada Escritura se describe más breve y gráficamente el tema de la gran controversia, que en estos 17 versículos. De este modo, el remanente del pueblo de Dios que corresponde al tiempo del fin,

aparece presentado en el contexto de la gran controversia: "Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto [o remanente] de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo" (versículo 17).

Apocalipsis 12:17, cerca del final de la Biblia, está vinculado con un versículo que aparece casi al comienzo, a saber, Génesis 3:15. Después de la caída, el Señor dijo a la serpiente, que acababa de engañar a Eva: "Y pondré enemistad entre ti [la serpiente] y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya".

Apocalipsis 12:17 y Génesis 3:15 son textos paralelos. Ambos se refieren a Satanás, descrito no sólo como dragón, sino también como una serpiente (véase Apocalipsis 12:9). Ambos hacen referencia a la "mujer" y a su "simiente" o descendencia; y así como Génesis 3:15 habla de "enemistad" entre la mujer (la iglesia de Dios) ¹ y Satanás (Apocalipsis 12:17), por su parte, dice que "se llenó de ira" contra la mujer, e hizo "guerra" contra su descendencia. He aquí los paralelos que hay entre los dos versículos:

Génesis 3:15	Apocalipsis 12:17
1) Satanás (serpiente) 2) mujer 3) simiente de la mujer 4) enemistad	1) Satanás (dragón) 2) mujer 3) descendencia de la mujer 4) ira, guerra

En realidad, Apocalipsis 12:17 es Génesis 3:15 casi seis mil años después. Ambos son como dos sujetalibros que abarcan casi toda la Biblia, que no es otra cosa que una descripción de la gran controversia entre Cristo y Satanás.

Ahora bien, ¿quiénes componen este "resto de la descendencia de ella", contra quienes el dragón hace guerra?

Un factor crucial para determinar la identidad de este grupo es la época en que surge el remanente. En Apocalipsis 12, el remanente aparece no sólo al fin de la visión misma, sino también al final de los sucesos cronológicos descritos en dicha visión.

¹ A través de la Sagrada Escritura el Señor usa la imagen de una mujer para describir a su iglesia. Véanse Isaías 26:17; 54:5; 65:2; 66:7-9; Jeremías 2:2; 3:14; 6:2-4; Miqueas 4:10; Oseas 2:19, 20; 2 Corintios 11:1; Apocalipsis 21:2.

En primer lugar se presenta la guerra en el cielo entre Miguel y sus ángeles, por una parte; y Satanás y sus ángeles, por la otra (véanse los versículos 7-9); una guerra en la cual Satanás y sus ángeles terminan siendo arrojados a la tierra.

A continuación, la mujer da a luz un niño, evidentemente Cristo (versículo 5), quien nació en este mundo, en donde el dragón –expulsado del cielo– se hallaba listo para "devorar a su hijo tan pronto como naciese" (versículo 4; véase también el capítulo 2 de Mateo).

Luego el dragón ataca a la mujer: "Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón" (versículo 13).

Como resultado de este ataque, la mujer, la iglesia de Dios, huye al desierto, hecho que se menciona dos veces: "Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días" (versículo 6). "Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila, para que volase de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo" (versículo 14).

Finalmente, al terminarse este período en que la mujer huye al desierto, se introduce el remanente: "Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo" (versículo 17).

Por consiguiente, la primera característica del remanente es que debe hacerse presente *después* del lapso que la mujer pasa escondida en el desierto, es decir el "tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo" (vers. 14), o los "mil doscientos sesenta días" (versículo 6).

"La visión aclara el hecho de que *después* de los 1260 días (tres tiempos y medio) –escribe William Johnsson–, el dragón concentrará sus esfuerzos en los descendientes de la mujer".²

Debido a que "tiempo" se traduce como año, "tiempos" como dos años, y "medio tiempo" como medio año, la expresión "tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo" equivale a tres años y medio, o según Apocalipsis 12:6, a "mil doscientos sesenta días". Por cuanto ambos versículos describen el mismo suceso -la mujer que huye de la presencia del dragón al desierto-, el período a que aluden ambos versículos tiene que ser el mismo.

² William Johnsson, "The Saints' End-Time Victory Over the Forces of Evil" [El triunfo de los santos sobre las fuerzas del mal en el tiempo del fin], en *Symposium on Revelation* [Simposio acerca del Apocalipsis], Frank Holbrook, editor (Silver Spring, Md.: Biblical Research Institute, 1992), p. 18.

La persecución de los santos a que alude Daniel 7 revela qué período abarca Apocalipsis 12:6, 14. Daniel soñó con cuatro bestias. La primera, "como león" (Daniel 7:4), era Babilonia; la segunda, "semejante a un oso" (versículo 5), era Medo-Persia; la tercera, como "un leopardo" (versículo 6), era Grecia; y la cuarta, "espantosa y terrible y en gran manera fuerte" (versículo 7), era la Roma pagana. Esta cuarta bestia tenía "diez cuernos", expresión que es paralela a la del dragón de Apocalipsis 12:3, que también tenía diez cuernos y representaba a Roma en su fase pagana. De este modo, Daniel 7 y Apocalipsis 12 están claramente vinculados. Según Mateo, la Roma pagana (por medio de Herodes) procuró "devorar" a Cristo, el hijo de la mujer, "tan pronto como" nació.

En la visión de Daniel 7, un poderoso cuerno pequeño con "ojos como de hombre, y una boca que hablaba grandes cosas" (versículo 8) surgió de la Roma pagana. Este poder –el cuerno pequeño–, que no está separado de la cuarta bestia (Roma), sino que es parte de ella, "hacía guerra contra los santos, y los vencía" (versículo 21) durante "tiempo, y tiempos, y medio tiempo", es decir, el mismo período que la mujer de Apocalipsis 12 –la iglesia de Dios– pasa en el desierto huyendo del dragón que se empeña en perseguirla (o "hacer guerra" contra ella). Es obvio que tanto Daniel como el Apocalipsis se refieren al mismo suceso. La Septuaginta, una antigua traducción de la Biblia hebrea al griego, usa en Daniel 7:25 la misma frase básica que usa Juan en Apocalipsis 12:14. Por cuanto hay tantos pasajes del Apocalipsis que han sido sacados del Antiguo Testamento, es probable que Juan haya tomado la frase directamente de Daniel 7:25.³

El cuerno pequeño, entonces, debe ser también Roma, si bien ahora en su fase papal. Y los "tiempo, y tiempos, y medio tiempo" de Daniel 7:25 y Apocalipsis 12:14, representan en ambos casos el período en que la Roma papal persiguió a los "santos del Altísimo" o "la mujer". El dragón usó a Roma, en su fase pagana, para atentar contra Cristo (Apocalipsis 12:14); más tarde volvió a usar a Roma, esta vez en su fase papal, para atacar a la iglesia de Dios (versículos 6 y 14).

¿Cuándo es el tiempo específico de ese ataque?

En Daniel 7 aparece una serie de bestias simbólicas realizando actividades simbólicas en un marco de tiempo también simbólico. La expresión "tiempo, y tiempos, y medio tiempo" no es una manera común de expresar un período cronológico, como tampoco lo es la expresión "mil doscientos sesenta días". Si el

³ Esta evidencia textual se hace aun más lógica al ver cómo el capítulo siguiente -el 13- está claramente basado en la visión de Daniel 7.

profeta quería designar tres años y medio literales, ¿por qué no dijo simplemente "tres años y medio"? En vez de eso, la profecía demanda –como lo han reconocido muchos comentaristas a través de los siglos– el uso del principio de "día por año", lo cual significa que las expresiones "tiempo, y tiempos, y medio tiempo", y "mil doscientos sesenta días" delinean en realidad 1260 años.⁴

Como punto de partida de la profecía, los comentaristas adventistas han definido el año 538 de la era cristiana, fecha en que el papado expulsó de Roma al último poder arriano; y como fin de ella, el año 1798, cuando los franceses tomaron cautivo al papa.⁵ Sin embargo, no se necesita fijar con exactitud estas dos fechas para comprender la profecía. En vez de ello, bastan dos puntos, firmemente establecidos en la Escritura. Primero, la persecución a que aluden Daniel 7 y Apocalipsis 12:6, 14 fue causada por la Roma papal. Segundo, es necesario aplicar el principio de "día por año" a los períodos proféticos que allí se mencionan. Con estos dos axiomas proféticos, queda aclarada la primera característica del remanente.

La Roma papal se estableció en el siglo sexto de nuestra era. Si le sumamos 1260 años, llegamos por lo menos a fines del siglo XVIII o a principios del XIX. Por lo tanto, "el resto de la descendencia de ella" aparece *después* de ese período específico. Entonces, es *después* de fines del siglo XVIII o principios del XIX que terminan los 1260 años y aparece el remanente.

Si bien es cierto que por sí mismo el marco de tiempo profético no muestra quiénes componen el remanente, sí muestra quiénes no lo componen. Por cuanto el remanente puede aparecer sólo después del período de 1260 años, en algún momento posterior al fin del siglo XVIII o el comienzo del siglo XIX, todas las más importantes iglesias de la Reforma quedan automáticamente eliminadas. Si bien es cierto que los miembros de esos cuerpos religiosos pueden llegar a ser parte del remanente, y en efecto, así ha sucedido y continuará sucediendo, el hecho es que esas denominaciones, en su carácter de entidades corporativas, surgieron directamente de la Reforma, que tuvo lugar en los siglos XVI y XVII; esto es, demasiado temprano como para ser "el resto de la descendencia de ella". Los luteranos, metodistas, bautistas, bautistas del séptimo día, episcopales, presbiterianos, y congregacionistas son demasiado antiguos como para ser *en cualquier sentido corporativo* el remanente que describe Apocalipsis 12:17. "El resto de la descen-

⁴ Véase también Cliff Ford Goldstein, 1844 *Made Simple* [1844 simplificado] (Boise, Idaho: Pacific Press, 1989); William Shea, *Selected Studies on Prophetic Interpretation* [Estudios selectos sobre interpretación profética] (Takoma Park, Md.: General Conference of SDAs, 1982).

⁵ Para mayores detalles, véase Mervyn Maxwell, *God Cares* [Dios nos ama] (Boise, Idaho: Pacific Press, 1981), tomo 2, págs. 328, 329.

dencia de ella" debe aparecer en escena en algún momento *posterior* al período de 1260 años, *después* de fines del siglo XVIII o comienzos del XIX.

La identificación del remanente, sin embargo, no puede terminar aquí. Muchos cuerpos eclesiásticos divergentes surgieron después del período de 1260 años. Se necesitan detalles adicionales para identificar al remanente, y afortunadamente, han sido provistos.

La segunda característica del "resto [remanente] de la descendencia de ella" es que "guardan los mandamientos de Dios" (Apocalipsis 12:17). No importa qué construcción queramos dar a la frase "los mandamientos de Dios", tiene que significar –si no otra cosa– *por lo menos* los Diez Mandamientos.

- Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús (Apocalipsis 14:12).
- El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él (1 Juan 2:4).
- ¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley (Romanos 3:31).
- Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa (Efesios 6:2).
- ¡Dichosos los que guardan sus Mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad! (Apocalipsis 22:14, NRV).
- Si me amáis, guardaréis mis Mandamientos (Juan 14:15, NRV).

Por supuesto, entre los mandamientos de Dios –en el mismo corazón de ellos– se halla incluido el cuarto, que casi todo el mundo cristiano ha descuidado. Muchos de los que pretenden guardarlo, no lo hacen, porque la mayoría observan el primer día de la semana en vez del séptimo. No importa cuan sincera, seria y diligente sea una persona en su observancia del domingo, la Biblia dice que "el séptimo día –no el primero– es reposo para Jehová tu Dios" (Éxodo 20:10). Así que, con el fin de ajustarse a la segunda característica del remanente, uno debe estar guardando los mandamientos de Dios, incluso el que se refiere al sábado.

"Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos. Porque el que dijo: *No cometerás adulterio*, también ha dicho: *No matarás*. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, ya te has hecho transgresor de la ley" (Santiago 2:10, 11; énfasis agregado). Con la misma facilidad Santiago podría haber dicho: "Porque el que dijo: *No cometerás adulterio*, también ha dicho: *Acuérdate del día sábado*. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero no te acuerdas del día sábado, ya te has hecho transgresor de la ley".

La importancia del sábado se hace más evidente en Apocalipsis 14. En el contexto de los últimos días, un ángel –usando el mismo lenguaje del cuarto mandamiento– urge a los habitantes del mundo a adorar "a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas" (Apocalipsis 14:7), en contraste con los que adoran "a la bestia y a su imagen" (versículo 9). En medio de este conflicto que se libra en torno a la adoración, se describe al pueblo de Dios como "los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús" (Apocalipsis 14:12). En este pasaje, al igual que en Apocalipsis 12:17, se da prominencia a los mandamientos de Dios; y de todos ellos, sólo el cuarto tiene que ver específicamente con la adoración del Señor como el Creador de "los cielos, la tierra" y "el mar". No cabe duda, entonces, que cuando el Apocalipsis habla del remanente, es decir de los que guardan "los mandamientos de Dios", incluye en esta expresión también el cuarto.

Esta segunda marca de identificación elimina, por lo tanto, la vasta mayoría de los que no fueron eliminados por la primera. Muchos cuerpos religiosos, como los pentecostales, los mormones, los testigos de Jehová y otros, surgieron después del período de 1260 años, pero casi todos rechazan el cuarto mandamiento, ya sea por no guardar ningún día, o por guardar el día equivocado. Los mandamientos de Dios incluyen necesariamente el séptimo día, sábado; por lo tanto, el "resto de la descendencia de ella", además de surgir después de fines del siglo XVIII o comienzos del XIX, tiene que ser también guardador del séptimo día, sábado.

De este modo, con esta segunda característica, las opciones para el remanente se han visto notablemente reducidas. Afortunadamente, queda otro rasgo, el cual despeja el campo que permite una identificación positiva. Apocalipsis 12:17 enseña que este remanente tendría también "el testimonio de Jesucristo".

Poco después de comenzar su ministerio terrenal, Jesús habló del ministerio de Juan el Bautista ante una multitud. Después de citar un texto bíblico y aplicarlo a Juan, el Salvador declaró: "Os digo que entre los nacidos de mujer, no hay mayor profeta que Juan el Bautista" (Lucas 7:28).

Estas palabras tienen profunda importancia si queremos comprender el significado de la expresión "el testimonio de Jesucristo" (Apocalipsis 12:17), el tercer y último distintivo del pueblo de Dios, el remanente del tiempo del fin.

¿Por qué?

Si hasta el tiempo de Cristo no existió ningún profeta mayor que Juan, entonces el profeta Amos, por ejemplo, sólo podía haber sido igual a Juan o menor que él, pero no mayor. Jeremías, como profeta, era, o menor que Juan, o a lo más, igual a él, pero de ninguna manera mayor. El rey David, también era inferior a Juan, o a lo sumo su igual, pero no superior. Aun Isaías y Moisés, por más grandes que fueran, no podían ser mayores que Juan, porque, como el mismo Jesús dijera, "no hay mayor profeta que Juan el Bautista".

Si bien Jesús no especificó la razón de la grandeza de Juan, lo más probable es que haya sido porque a Juan le tocó ser el precursor del Mesías; ningún otro profeta tuvo ese privilegio. El carácter especialmente sagrado del llamamiento divino a Juan, probablemente lo hizo acreedor a esa exaltada posición.

No importa cuál sea la razón de que a Juan se le haya asignado este nivel, el hecho es que entre él y los profetas canónicos existe una diferencia significativa, que no tiene nada que ver con su posición, pero que coloca el ministerio profético de Juan en un plano aparte del de ellos.

¿Cuál es esa diferencia? Simplemente, que Juan el Bautista no dejó nada escrito en la Biblia.

Las palabras de Cristo acerca de Juan prueban dos puntos: primero, no se necesita ser canónico (haber escrito libros o mensajes que formen parte de la Biblia) para ser profeta. Segundo, uno puede ser un *gran* profeta sin ser canónico.

La Biblia da testimonio de varios profetas de impecables credenciales que nunca escribieron nada que fuese incluido en ella. Después de haber dejado embarazada a la esposa de un soldado, y haber hecho asesinar luego a ese soldado para poder quedarse con su mujer, David fue confrontado por Natán (al cual se lo llama profeta en 2 Samuel 7:2), quien declaró: "Tú eres aquel hombre" (2 Samuel 12:7). Y sin embargo, Natán no escribió libro alguno que haya pasado a ser parte de la Biblia.

Elías, el profeta (véase 2 Crónicas 21:12), se presentó ante Acab, rey de Israel, y dijo: "Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra" (1 Reyes 17:1). Aquí vemos también a un profeta de no poca autoridad, el cual tampoco produjo un solo escrito canónico.

¿Y qué decir del "profeta Gad" (1 Samuel 22:5), que ayudó a David a escapar de Saúl; "el profeta Ahías silonita" (1 Reyes 11:29), que profetizó acerca de la división de la nación judía; "el profeta Semaías" (2 Crónicas 12:5); "Iddo, profeta" (2 Crónicas 13:22); el "profeta Azarías, hijo de Obed" (2 Crónicas 15:8), o "el profeta Eliseo"? Aunque algunos de esos profetas hasta escribieron libros, ninguno pasó a formar parte de la Sagrada Escritura.

En los días de los jueces, la nación hebrea fue subyugada por el rey cananeo Jabín, que "había oprimido con crueldad a los hijos de Israel por veinte años" (Jueces 4:3). Cuando llegó el tiempo de ser librados, ¿a quién acudió el pueblo en busca de conducción, seguridad y liderazgo? A "Débora, profetisa" (versículo 4), que proveyó instrucción para Israel y hasta fue a la batalla para animar a las tropas. ¡No sólo no existe en la Biblia un libro escrito por Débora, sino que este personaje profético era una mujer!

Después que Josías, rey de Judá, "hubo oído las palabras del libro de la ley" (2 Reyes 22:11), dijo: "Id y preguntad a Jehová por mí, y por el pueblo, y por todo Judá, acerca de las palabras de este libro que se ha hallado; porque grande es la ira de Jehová que se ha encendido contra nosotros" (versículo 13). En obediencia al mandato del rey, sus siervos fueron "a la profetisa Huidá" (versículo 14), la cual dijo: "Así dijo Jehová: He aquí yo traigo sobre este lugar, y sobre los que en él moran, todo el mal de que habla este libro que ha leído el rey de Judá" (versículo 16).

Este fenómeno –una mujer profeta– ocurre no sólo en el Antiguo Testamento, sino también en el Nuevo. Después del nacimiento de Jesús, sus padres lo llevaron al templo de Jerusalén para dedicarlo. Entre los presentes estaba "Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser" (Lucas 2:36). Llegó al templo cuando Simeón profetizaba a María acerca del niño Jesús, y ella también profetizó: "Ana... presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén" (versículos 36, 38). Tampoco Ana tiene escritos en la Biblia.

Lucas habla acerca de "Felipe, el evangelista" (Hechos 21:8), que vivía en Cesárea, y que "tenía cuatro hijas doncellas que profetizaban" (versículos 9). Ninguna de sus profecías llegó a ser parte del canon.

La Sagrada Escritura prueba que el Señor no sólo usó profetas cuyos escritos no se encuentran en la Biblia, sino que, además, algunos de esos profetas fueron mujeres.

Puede verse con toda claridad que la profecía no es sólo un fenómeno del Antiguo Testamento, sino que también existe en el Nuevo. Pablo escribió:

Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres... Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, *profetas*; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de *perfeccionar a los santos* para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a *la unidad de la fe* y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de *la estatura de la plenitud de Cristo*" (Efesios 4:8, 11-13; énfasis agregado).

Es evidente que a los santos les falta mucho para estar *perfeccionados*. Es obvio que su estatura no corresponde aún a "la plenitud de Cristo", y que la iglesia todavía no llega a "la unidad de la fe". Sin embargo, estos ideales son el blanco de los dones. ¿Por qué, entonces, se los habría de quitar de la iglesia antes que lograsen su propósito? Además, todavía existen los pastores, los maestros y hasta los apóstoles (los que levantan iglesias), ¿y por qué no también los profetas?

Pablo también escribió que "en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia; así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo" (1 Corintios 1:5-7). Pablo no quería que a la iglesia, que esperaba la venida del Señor, le faltara nada en ningún don, lo cual debe de haber incluido el don de

profecía: "Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros" (1 Corintios 12:28).

Al responder a una pregunta acerca de las señales de su segunda venida, Jesús enseñó a sus seguidores que en los últimos días "muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos" (Mateo 24:11). No dijo: "Cuidense de todo aquel que pretenda ser un profeta, porque no habrá más profetas". Por el contrario, su amonestación acerca de los falsos profetas implica la existencia de profetas verdaderos, aun cerca del fin del mundo.

Finalmente, la descripción que se hace del pueblo remanente de Dios en el tiempo del fin, también enseña que la profecía se manifestará en los últimos días: "Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen *el testimonio de Jesucristo*" (Apocalipsis 12:17; énfasis agregado).

¿Qué es "el testimonio de Jesucristo"?

Los estudiosos no están de acuerdo acerca de si "el testimonio de Jesucristo" significa el testimonio general de la iglesia cristiana acerca de Jesús (el testimonio de ellos), o si se refiere al testimonio que el mismo Señor Jesús da al mundo a través del don de profecía.⁶ Hay, sin embargo, un texto paralelo que ayuda a comprobar que este último significado es el correcto, es decir, que "el testimonio de Jesús" es el testimonio que da el mismo Señor Jesús: "Yo me postré a sus pies para adorarle. Y él me dijo: Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. *Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía*" (Apocalipsis 19:10; énfasis agregado).

El "testimonio de Jesucristo", entonces, es obvio que se manifiesta como el don espiritual de profecía. Apocalipsis 22:8, 9 ayuda aún más a aclarar el significado:

⁶ Véase Gerald Pfandl, "The Remnant Church and the Spirit of Prophecy" [La iglesia remanente y el espíritu de profecía], en *Symposium on Revelation* [Simposio sobre el Apocalipsis], Frank Holbrook, editor (Silver Spring, Maryland: Biblical Research Institute, 1992), tomo 2, pp. 303-322.

Apocalipsis 19:10

Yo me postré a sus pies para adorarle.

Y él me dijo: Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía.

Apocalipsis 22:8, 9

Me postré para adorar a los pies del ángel que me mostraba estas cosas.

Pero él me dijo: Mira, no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios.

En ambos pasajes, Juan cae a los pies del ángel para adorarlo, y en ambos casos las respuestas del ángel son casi idénticas. Sin embargo, hay una diferencia significativa. En Apocalipsis 19:10, se identifica a los hermanos con la frase "que retienen [el griego realmente significa "tienen"] el testimonio de Jesús". En Apocalipsis 22:9, a los hermanos simplemente se los llama "los profetas". Esta comparación muestra que "el testimonio de Jesús", que es "el espíritu de la profecía", es el don profético que se concede a los profetas. Los profetas tienen "el espíritu de la profecía".

Los judíos del tiempo de Juan habrían comprendido la expresión "el espíritu de la profecía" como refiriéndose ya sea al Espíritu Santo en un sentido general, o más específicamente, al espíritu dado a los profetas. Refiriéndose a ciertos antiguos escritos judíos posbíblicos, J. P. Schafer escribe: "En otras palabras, el término 'espíritu de profecía' describe una situación claramente delineada, a saber, el Espíritu Santo, enviado de Dios, que imparte al hombre el don profético".⁷ F. F. Bruce escribe: "La expresión 'el espíritu de profecía' es corriente en el judaísmo posbíblico: se la usa, por ejemplo, en circunloquios targúmicos, para designar al Espíritu de Jehová que viene sobre tal o cual profeta".⁸

De este modo, "el resto de la descendencia de ella" (Apocalipsis 12:17), el remanente bíblico final, no sólo debe aparecer después de fines del siglo XVIII o comienzos del XIX; no sólo guarda todos los mandamientos de Dios, incluso el cuarto; sino que, además, tiene el "espíritu de la profecía", el don profético. La profecía *debe* estar manifestada en su seno, porque "el espíritu de la profecía" es una de tres grandes marcas que identifican al remanente.

⁷ Citado en *Symposium on Revelation* [Simposio sobre el Apocalipsis], tomo 6, pp. 317.

⁸ *Ibíd.*, p. 318

En este contexto, adquiere pertinencia el siguiente extracto de *Primeros escritos*:

El Señor me mostró en visión otros mundos. Me fueron dadas alas y un ángel me acompañó desde la ciudad a un lugar brillante y glorioso. La hierba era de un verde vivo y las aves gorjeaban un dulce canto. Los moradores de aquel lugar eran de todas estaturas; eran nobles, majestuosos y hermosos. Llevaban la manifiesta imagen de Jesús, y su semblante refulgía de santo júbilo, como expresión de la libertad y dicha que en aquel lugar disfrutaban. Pregunté a uno de ellos por qué eran mucho más bellos que los habitantes de la tierra, y me respondió: "Hemos vivido en estricta obediencia a los mandamientos de Dios, y no incurrimos en desobediencia como los habitantes de la tierra". Después vi dos árboles, uno de los cuales se parecía mucho al árbol de vida de la ciudad. El fruto de ambos era hermoso, pero no debían comer de uno de ellos... Después me transportaron a un mundo que tenía siete lunas, donde vi al anciano Enoc, que había sido trasladado. Llevaba en su brazo derecho una esplendente palma, en cada una de cuyas hojas se leía escrita la palabra: "Victoria". Ceñía sus sienes una brillante guirnalda blanca con hojas, en el centro de cada una de las cuales se leía: "Pureza". Alrededor de la guirnalda había piedras preciosas de diversos colores... Le pregunté si aquel era el lugar adonde lo habían transportado desde la tierra. El me respondió: "No es éste. Mi morada es la ciudad, y he venido a visitar este sitio". Andaba por allí como si estuviese en casa. Supliqué a mi ángel acompañante que me dejara permanecer allí. No podía sufrir el pensamiento de volver a este tenebroso mundo.⁹

¿Qué hacemos con esto? Las palabras de la autora nos permiten muy pocas opciones en cuanto a su origen. Esta mujer, o era un fraude demoníacamente inspirado, una lunática, o manifestó "el espíritu de la profecía". O fue uno de los más grandes engañadores en la historia de la cristiandad, o uno de sus mayores profetas. Una persona que afirma haber sido llevada en visión a otros mundos y haber hablado con sus habitantes, o está mintiendo, o es una charlatana loca, o es un profeta a través del cual el Señor ha abierto panoramas de luz y verdad distintos de todo lo demás que el mundo haya contemplado desde los tiempos apostólicos.

El mismo principio se aplica a Cristo. Algunos lo consideran tan sólo un gran profeta. Sin embargo, un profeta no diría: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí" (Juan 14:6), o: "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá" (Juan 11:25). Ó era un mentiroso o lunático, o era en verdad el Camino y la Verdad, la Vida y la Resurrección. ¿Cómo podría haber una posición intermedia?

⁹ *Primeros escritos*, pp. 39, 40.

Elena de White nos deja exactamente las mismas opciones. Su obra no nos permite el lujo de contemporizar. Nadie necesita pretender que ella fuera infalible o perfecta, o que no necesitaba crecer ni ser corregida. Nadie necesita afirmar que sus escritos ocupan el mismo nivel que la Biblia, o que constituyen la máxima norma de la verdad. Y nadie puede negar que algunos que creen en sus escritos hayan abusado de ellos.

A pesar de lo dicho, ¿a qué conclusión debemos llegar al ver cómo su pluma describe ciertas escenas en detalle, como sucede con esta narración del sueño de la esposa de Pilato?

Le vio [a Jesús] juzgado en el tribunal. Vio las manos estrechamente ligadas como las manos de un criminal. Vio a Herodes y sus soldados realizando su impía obra... Vio la cruz levantada en el Calvario. Vio la tierra envuelta en tinieblas y oyó el misterioso clamor: "Consumado es". Pero otra escena aún se ofreció a su mirada. Vio a Cristo sentado sobre la gran nube blanca, mientras toda la tierra oscilaba en el espacio y sus homicidas huían de la presencia de su gloria.¹⁰

Todos estos detalles significan una de dos cosas: o la autora describió lo que se le mostró por el espíritu de profecía, o fue una engañadora que perpetró uno de los mayores fraudes que se hayan visto desde cuando los supuestos lentes mágicos de José Smith le permitieron traducir las tabletas de oro y escribir el *Libro de Mormón*.

¿Quién le dio a Elena de White la facultad de comprender la experiencia de Abrahán al recibir la orden de sacrificar a Isaac en el monte Moria? ¿Dónde oyó ella que "con voz temblorosa, Abrahán reveló a su hijo el mensaje divino"? ¿Cómo supo que Isaac "consideraba como un honor el ser llamado a dar su vida en holocausto a Dios"? ¿Qué espíritu la inspiró a escribir que Isaac "con ternura trató de aliviar el dolor de su padre, y animó sus debilitadas manos para que ataran las cuerdas que lo sujetarían al altar"?¹¹ ¿Procedía todo eso de Satanás?

¿Cómo explica uno la fuente que usó para describir esta escena celestial que transcurre después de la resurrección de los santos?

Cuando se da la bienvenida a los redimidos en la ciudad de Dios, un grito triunfante de admiración llena los aires. Los dos Adanes están a punto de encontrarse. El Hijo de Dios está en pie con los brazos extendidos para recibir al padre de nuestra raza: al ser que él creó, que pecó contra su Hacedor, y por cuyo pecado el Salvador lleva las señales de la crucifixión. Al distin-

¹⁰ *El Deseado de todas las gentes*, pp. 680, 681.

¹¹ *Patriarcas y profetas*, pp. 147, 148.

guir Adán las cruentas señales de los clavos, no se echa en los brazos de su Señor, sino que se prosterna humildemente a sus pies, exclamando: "¡Digno, digno es el Cordero que fue inmolado!" El Salvador lo levanta con ternura, y le invita a contemplar nuevamente la morada edénica de la cual ha estado desterrado por tanto tiempo.¹²

¿Qué inspiró esta visión detallada de la resurrección de Cristo?

Un potente ángel llegó del cielo en velocísimo vuelo. Su rostro era como el relámpago y su vestidura como la nieve. Su fulgor iba desvaneciendo las tinieblas por donde pasaba, y su brillante esplendor ahuyentaba aterrorizados a los ángeles malignos que habían pretendido triunfalmente que era suyo el cuerpo de Jesús. Un ángel de la hueste que había presenciado la humillación de Cristo y vigilaba la tumba, se unió al ángel venido del cielo y juntos bajaron al sepulcro. Al acercarse ambos, se estremeció el suelo y hubo un gran terremoto... Al brillar en torno del sepulcro la luz de los ángeles, más refulgente que el sol, los soldados de la guardia romana cayeron al suelo como muertos. Uno de los dos ángeles echó mano de la enorme losa y, empujándola a un lado de la entrada, sentóse encima. El otro ángel entró en la tumba y desenvolvió el lienzo que envolvía la cabeza de Jesús. Entonces, el ángel del cielo, con voz que hizo estremecer la tierra, exclamó: "Tú, Hijo de Dios, tu Padre te llama. ¡Sal!"¹³

Elena de White declaró que sus escritos "llevan ya sea el sello de Dios o el de Satanás".¹⁴ ¿Cuál de los dos inspiró las descripciones precedentes?

Sin duda, algunos han tomado sus escritos fuera de contexto para probar puntos con los cuales ella no estaría de acuerdo. No cabe duda de que tanto los proponentes como los contrarios de cualquier argumento —ya sea de la naturaleza de Cristo o del valor medicinal del chile o ají de Cayena— amontonan citas de su pluma para probar sus posiciones. No cabe duda de que sus escritos han sido usados para apalea con ellos a la gente hasta que ésta ya no soporta la idea de leerlos. No se puede dudar de que algunos exaltan sus escritos a tal punto que han inducido a muchos a rechazarlos debido a expectativas falsas y nociones erróneas acerca de su inspiración. No hay duda de que algunos extraen sus doctrinas de Elena de White y no de la Biblia. No cabe duda de que sus escritos han sido mal usados, sometidos a abusos y torcidos en un centenar de otras maneras. *¡Pero ninguno de estos problemas debiera ensombrecer el don!*

Y de esto tampoco cabe duda.

¹² *El conflicto de los siglos*, p. 705.

¹³ *Primeros escritos*, pp. 181, 182.

¹⁴ *Testimonies for the Church*, tomo 5, p. 98.

Con esta característica final, la identificación del remanente se hace inequívoca. Repasemos Apocalipsis 12:17, insertando la información que hemos encontrado:

Entonces el dragón [Satanás] se llenó de ira contra la mujer [la iglesia de Dios]; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella [que deben aparecer no antes del fin del siglo XVIII o comienzos del XIX], los que guardan los mandamientos de Dios [incluyendo el sábado, séptimo día] y tienen el testimonio de Jesucristo [el espíritu de profecía revelado en el misterio de Elena G. de White].

¿Será mera coincidencia el hecho de que, entre el puñado de grupos que cumplen las dos primeras características del remanente del tiempo del fin, sólo haya uno en que la tercera característica, es decir el "espíritu de la profecía", se halle poderosamente presente? Esta triple especificación corrobora la identificación del remanente de Dios que actúa en el tiempo del fin, como la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Pero, ¿cómo podría la Iglesia Adventista del Séptimo Día ser ese remanente? ¿Cómo puede ser el remanente un movimiento tan plagado de agitación, disensiones y recriminaciones? ¿Puede ser el remanente una iglesia fría, muerta o dormida? ¿O una que está llena de legalismo, mundanidad, divorcios, adulterios y pecados sexuales? ¿O una que no vive conforme a las normas que el Señor le ha mostrado? ¿O una que ha hecho de esas normas su religión exclusiva? ¿O una en la cual casi todas las doctrinas son blanco de controversias? ¿Puede un cuerpo contaminado de corrupción, que descuida la conducción profética y entre cuyos miembros hay quienes promueven diversas herejías, ser el remanente?

¡Seguro que sí!

Pensemos en el antiguo Israel. Durante más de mil años perduró como el remanente de Dios, a pesar de ser culpable de cuantos pecados se cometen bajo el sol. La Biblia está llena de lamentos por los fracasos, las herejías y las apostasías del remanente del Antiguo Testamento. La corrupción, las

controversias, la deslealtad, el adulterio, el legalismo, la hipocresía, las herejías... todo esto existía en el remanente de otras épocas, del mismo modo como existe hoy. *¡Sin embargo, nada de esto anulaba su condición de remanente!*

A través de siglos de apostasía, corrupción, pecado, decadencia y maldad, la nación de Israel permaneció como el pueblo remanente de Dios. Sólo después que el Señor llamó a otro grupo (la iglesia cristiana), que había aceptado una luz mayor que la del Israel nacional, perdió la nación hebrea su calidad de remanente.

El remanente, como entidad corporativa, nunca fue definido exclusivamente por la santidad de sus miembros, sino más bien por la luz avanzada que sobre ellos brillaba. Desde los que entraron al arca con Noé, hasta la Reforma protestante, el remanente corporativo se ha visto definido más por la luz que ha poseído que por la santidad de los que poseían dicha luz, aunque no sea por otra razón que el hecho de que muchos de los que poseían la luz *no* eran santos.

Hasta la primera venida de Cristo y la formación de la iglesia cristiana, por ejemplo, Israel poseía una revelación más plena del Señor que cualquier otra religión. No importa cuán corrupta hubiera llegado a ser la nación, o cuánto se hubiera desviado de hacer la voluntad de Dios—ya fuese bajo la liberalidad contemporizadora del período del Primer Templo, o bajo el legalismo lleno de justicia propia típico del segundo—, el hecho es que Israel siempre tuvo mucha más luz que sus vecinos paganos. Israel tenía la verdad presente, y esa verdad, más que cualquier otra cosa, definió su posición como remanente.

Lo mismo sucede con el adventismo. No importa cuánta hipocresía, deslealtad, pecado y apostasía puedan existir en este movimiento, el hecho es que ha sido bendecido con una revelación más plena de Cristo y de la verdad presente que cualquier otro cuerpo religioso. No importa que muchos miembros no estén siguiendo esa luz (tampoco la seguían en Israel), o que esas verdades no estén santificando a muchos (tampoco lo hacían en Israel), o que no sean apreciadas (tampoco lo eran en Israel), o que los miembros malignos e inconversos le den al mensaje un mal nombre a cada paso (también en Israel sucedía eso). Lo crucial es que la Iglesia Adventista, como el antiguo Israel, ha recibido mucha más luz que cualquier otra iglesia, y es únicamente esa luz lo que le presta su calidad de pueblo remanente.

Si un judío residente en Israel en cualquier período anterior al cristianismo, se hubiera desanimado a causa del pecado, las controversias y la frialdad de la fe hebrea, ¿a dónde podría haber ido? Si hubiera sentido repugnancia por la degradación, la mundanalidad y las concesiones y acomodos que permeaban a la nación hebrea en el período del Primer Templo; o si se hubiera dejado oprimir y desanimar por el dogmatismo derechista y la hipocresía del período del Segundo Templo, ¿a dónde podría haber ido? ¿A adorar el sol con los romanos? ¿O las ranas, con los egipcios? ¿A los grandes cultos esotéricos? ¿Se uniría a los adoradores de Diana? ¿O al culto que los cananeos le tributaban a Baal? No importa en cuan triste estado se hallara su iglesia, de todos modos no encontraría en ninguna otra parte más verdad doctrinal.

Lo mismo sucede hoy con el adventismo. ¿A dónde podría ir un adventista descontento sin sacrificar sus creencias más fundamentales? ¿A una iglesia que guarda el domingo en vez del sábado bíblico? ¿O a una que cree que los muertos están ardiendo en el infierno? Una vez que se eliminan estas dos doctrinas, las alternativas se hacen penosamente escasas. En realidad, un adventista que quisiera dejar el adventismo afrontaría hoy problemas similares a los que habría experimentado un judío de los tiempos bíblicos que hubiera querido dejar el judaísmo. Desde luego, las distinciones doctrinales que separan a los cristianos adventistas de otros protestantes (o aun de los católicos o de los creyentes de religiones no cristianas) no son tan grandes como las que separaban las doctrinas del antiguo Israel y las de las naciones circundantes. Sin embargo, las diferencias son suficientemente claras como para que cualquier adventista razonablemente bien informado se dé cuenta de que no existe alternativa doctrinal viable.

Por ejemplo, millones de cristianos "hablan en lenguas", prueba, según creen, de que en ellos mora el Espíritu Santo. Se supone que esos ruidos ininteligibles son una manifestación moderna del don espiritual que la iglesia recibió en Pentecostés, cuando el Espíritu Santo fue derramado sobre los apóstoles, que "comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen" (Hechos 2:4).

Sin embargo, según el libro de los Hechos, el don pentecostal de lenguas capacitaba a los que lo recibían para que hablaran en idiomas extranjeros (véase Hechos 2:11), un fenómeno totalmente distinto al pandemónium que reina hoy en algunos servicios pentecostales carismáticos.

Algo anda mal, además, con un fenómeno que casi universalmente pasa por alto la advertencia que hace Pablo acerca de no permitir que todos en la congregación se pongan a hablar en lenguas al mismo tiempo: "Si, pues, toda la iglesia se reúne en un solo lugar, y todos hablan en lenguas, y entran indoctos o incrédulos, ¿no dirán que estáis locos?" (1 Corintios 14:23). Cada domingo, en todo el mundo, iglesias enteras –a veces centenares, y hasta millares de adoradores–, "hablan en lenguas" al mismo tiempo, a pesar del mandato de Pablo, según el cual, "si habla alguno en lengua extraña, sea esto por dos, o a lo más tres, y por turno; y uno interprete" (versículo 27).

No cabe duda que muchos carismáticos son cristianos fervientes y sinceros, que conocen al Señor y lo aman, y cuyos nombres están escritos en el libro de la vida. Aun cuando los "dones" sean dudosos, muchos manifiestan en sus vidas los *frutos* del Espíritu, y en mayor grado que algunos adventistas. Sin duda alguna, también, muchos carismáticos estarán en el cielo a diferencia de muchos adventistas que no entrarán, aun habiendo tenido la luz adicional que viene de la advertencia hecha por la Hna. White acerca de los que hablan "un galimatías sin ningún significado, lo cual llaman la lengua desconocida, que por cierto es desconocida no sólo para los hombres, sino para Dios y para todo el cielo".¹⁵

Lejos de preparar a un pueblo para la segunda venida del Señor, el movimiento de "lenguas" ha estado a la vanguardia de los que están uniéndose a los católicos y protestantes en lo que por último se convertirá en el sistema religioso apóstata que ha de perseguir al pueblo de Dios que guarda los mandamientos.

Otra enseñanza, aún más peligrosa que las "lenguas", es la doctrina de "seguridad eterna", comúnmente conocida como "una vez salvo, siempre salvo". Por más raro que parezca, hay millones de individuos que creen que, después que una persona ha aceptado a Cristo como su Salvador personal, no puede hacer absolutamente nada que ponga en peligro su salvación. Ha sido eternamente sellada por la sangre de Cristo, y no importa qué carácter desarrolle o a qué profundidades del pecado pueda caer, esa persona tiene asegurada la vida eterna.

En contraste, el mismo Jesús advirtió que "el que persevere hasta el fin, éste será salvo" (Mateo 10:22). Pablo amonesta a los creyentes, diciendo-

¹⁵ *Testimonies for the Church* [Testimonios para la iglesia], tomo 1, p. 412.

les: "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor" (1 Corintios 9:27). El mismo Pablo agregó: "Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado" (1 Corintios 9:27). Si bien los cristianos pueden –y deben– tener la seguridad de la salvación, la doctrina de "una vez salvo, siempre salvo" lleva esa confianza a un grado verdaderamente absurdo.

No pongo en duda la sinceridad, la fe o la experiencia cristiana de quienes creen esto, pero esta enseñanza no es verdadera, ni mucho menos es verdad presente. Por el contrario, ¡cuán difícil le será a cualquiera que afronte la crisis final, decidirse por ser fiel a "los mandamientos de Dios", si está convencido de que, por haber aceptado a Cristo, ninguna elección o decisión puede hacerlo perder su salvación! Si usted está seguro de que será salvo no importa qué haga después de haber aceptado a Cristo como su Salvador, entonces poco le importará guardar el sábado bíblico, especialmente si hacerlo podría costarle su trabajo, su hogar, su familia o su vida.

Otra doctrina que cualquiera que deje el adventismo hallará en muchas iglesias, es la idea de un "rpto" anterior a la "tribulación". Millones creen que antes de la confusión y el tumulto que precederán a la segunda venida de Jesús, todos los miembros del verdadero pueblo de Dios serán llevados repentinamente y secretamente al cielo, mientras que todos los demás permanecerán en este mundo. Los cristianos estarán en sus automóviles, sus hogares, sus botes o sus salones de clases –donde fuere–, cuando repentinamente desaparecerán sin ruido, habiendo sido secretamente arrebatados para estar con Jesús en el cielo antes de la tribulación de los últimos días. La mayoría de los que creen esto recurren a 1 Tesalonicenses 4:16 y 17 en busca de apoyo: "Porque el Señor mismo *con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios*, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor" (énfasis añadido).

¡A pesar de la voz de mando, la voz del arcángel y la trompeta de Dios, suponen que este versículo enseña que, secreta y silenciosamente, los cristianos serán llevados al cielo mientras que el resto del mundo se maravilla de su desaparición!

¿Qué tiene de peligroso esta doctrina? Pensemos: los que creen en este "rapto" anterior a la tribulación, ¿cómo pueden preocuparse de la marca de la bestia y las controversias que la acompañan, si están seguros de que el Señor los "raptará" aun antes que comiencen a suceder las pruebas y tribulaciones relacionadas con la marca de la bestia?

Además, casi todo el mundo cristiano conservador espera que Cristo, *a su retorno*, establezca inmediatamente su reino aquí en la tierra, a pesar de que 1 Tesalonicenses 4:17 dice que los salvados van a "recibir al Señor en el aire". La mayoría de los fundamentalistas y evangélicos creen que a su segunda venida, en vez de llevar a su pueblo al cielo, Cristo gobernará en la tierra durante el milenio. Tim LaHaye escribe:

Una cosa en que tanto los judíos como los cristianos están de acuerdo, es que algún día su Mesías vendrá a esta tierra para establecer su reino que gobernará este mundo... El reino milenarista será una época de fe, en que la mayor parte de la población se hará creyente... Cristo estará a cargo, de modo que no habrá formas de programación televisiva inmorales o destructivas... No se podrán conseguir sustancias que dañan el cuerpo, de modo que la gente no tendrá su mente tan confundida que no pueda evaluar claramente las verdades de las Escrituras... Las cátedras universitarias no estarán dominadas por ateos empeñados en destruir las mentes de la juventud... Hasta el arte en sus diversas formas glorificará a Cristo durante el reino.¹⁶

Esta creencia, más que ninguna otra, dejará a millones de cristianos vulnerables ante el mayor engaño de Satanás, cuando éste, "como el acto culminante del gran drama del engaño", falsifique la venida de Cristo. ¿Qué mejor manera de ser engañado en los últimos días, que por creer en la doctrina según la cual Cristo, a su regreso, establecerá su reino en este mundo?

Pues bien, el gran engañador simulará que Cristo habrá venido. En varias partes de la tierra, Satanás se manifestará a los hombres como ser majestuoso, de un brillo deslumbrador, parecido a la descripción que del Hijo de Dios da San Juan en el Apocalipsis. (Apocalipsis 1:13-15.) La gloria que le rodee superará cuanto hayan visto los ojos de los mortales. El grito de triunfo repercutirá por los aires: "¡Cristo ha venido! ¡Cristo ha venido!" El pueblo se postrará en adoración ante él, mientras levanta sus manos y pronuncia una bendición sobre ellos como Cristo bendecía a sus discípulos cuando estaba en la tierra.¹⁷

¹⁶ Tim LaHaye, *How to Study Prophecy for Yourself* [Cómo estudiar las profecías por cuenta propia] (Eugene, Oregon: Harvest House, 1990), pp. 159, 168, 169.

¹⁷ *El conflicto de los siglos*, p. 682.

Otro dogma, casi universalmente aceptado entre los cristianos conservadores, es que en cuanto mueren, los seres humanos reciben su recompensa o su castigo. Engañadas por la creencia en un alma inmortal, estas personas creen que el difunto entra inmediatamente, ya sea a la presencia de Jesús, o a los tormentos del infierno. Si bien muchos cristianos se sienten ahora poco dispuestos a visualizar el infierno como un tormento eterno en llamas literales, la mayoría cree que implica eterno sufrimiento consciente en algún momento posterior a la muerte.

Repito que mi intención no es poner en duda la salvación, la experiencia cristiana o la relación con Cristo que mantienen los que creen esto; lo que sí es menester destacar, es cuan poco comprenden la naturaleza del hombre y el carácter de Dios. Pensar que Jesús fuese capaz de permitir que los perdidos sufran por billones, y billones, y aún más billones de años -ya sea quemándose en un fuego literal (como muchos todavía creen) o en alguna otra forma de tormento consciente—, es mal comprender cómo es el Señor, y la esencia del plan para el desarrollo del gran conflicto. Es difícil imaginar cómo puede amar a Dios cualquiera que cree en el tormento eterno. La oscuridad teológica de esta doctrina es casi incomprensible para los que saben la verdad acerca del infierno.

Por no comprender el estado de los muertos, casi todo el mundo cristiano es susceptible de ser engañado por el espiritismo. Cuan difícil será que alguien, en la confusión de los últimos días, acepte el sábado como día de reposo, si su amada y difunta madre "vuelve" alguna noche para decirle que no lo haga.¹⁸ Los engaños serán aplastantes. Únicamente quienes estén bien establecidos en la verdad serán librados de las falsedades del ocultismo.

Las doctrinas que hemos mencionado son algunos de los errores con que tendría que contender cualquier adventista inclinado a buscar una manera de integrarse a la cristiandad conservadora. Si se pusiera a buscar una iglesia cristiana liberal, los errores serían todavía peores. El liberalismo cristiano prácticamente ha destruido la verdadera fe bíblica. Millones, por ejemplo, rechazan el nacimiento virginal y la deidad de Cristo, así como la inspiración divina de la Biblia. Diversas encuestas muestran que la mayoría de las principales iglesias cristianas ni siquiera se oponen al concepto de la evolución como explicación del origen de las especies.

¹⁸ Véase Clifford Goldstein, *Day of the Dragon* [Día del dragón] (Boise, Idaho: Pacific Press, 1993), pp. 101, 111.

A todo esto, los testigos de Jehová enseñan que "Jesucristo volvió a este mundo en 1914".¹⁹ Los mormones creen que "cuando nuestro Padre Adán vino al Jardín del Edén, lo hizo con un cuerpo celestial, y se trajo a Eva, una de sus esposas, con él... El es nuestro padre y nuestro dios, el único dios con el cual tengamos algo que ver".²⁰ Por su parte, la Ciencia Cristiana promulga la doctrina de que la muerte "es una ilusión, porque no hay muerte; es lo opuesto del Bien, Dios o la vida... Toda evidencia material de muerte es falsa, puesto que contradice el hecho espiritual de Ser".²¹

¡Con razón el Señor tuvo que levantar una iglesia con la verdad presente! Con doctrinas que abarcan desde "una vez salvo, siempre salvo", hasta la idea de que Adán era un dios, y desde el rapto anterior a la tribulación hasta el tormento eterno en el infierno, Jesús necesitaba tener un cuerpo religioso que predicara doctrinas puras. De otro modo, ¿cómo podría nadie ser preparado para la segunda venida?

¹⁹ Walter Martin, *Kingdom of the Culis* [El reino de las sectas] (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 1965), p. 46.

²⁰ Brigham Young, *The Journal of Discourses* [Diario de los discursos], tomo 1, p. 50. Citado en Martin, *Kingdom*, p. 178.

²¹ Mary Baker Eddy, *Science and Health* [Ciencia y salud], p. 575. Citado en Martin, *Kingdom*, p. 123.